

tumbas de los santos Apóstoles, y estaban en camino de ganar las gracias del jubileo, fin principal de su viaje á través del Océano.

La cita para la mañana del 18 era en San Pedro. Volveremos, pues, á visitar con fruición la hermosa basílica Vaticana, relicario donde se guardan joyas de inmenso valor para la Cristiandad.



Pintura en las Catacumbas.



CAPÍTULO VII

HAY en la vida de los individuos fechas memorables que no se borran jamás de la mente, y que mientras más años pasan se recuerdan con más ternura. Cuando el espíritu se desprende de los goces materiales y busca esparcimiento en el amor divino, experimenta goces inefables de tal naturaleza, que la palabra humana no alcanza á traducirlos.

No es ésta una obra mística, sino una sencilla narración de viaje; pero no podemos dispensarnos de apreciar hechos que, por su alta significación, tienen que hallar eco en toda sociedad creyente, á pesar de la maléfica influencia que sobre ella ejercen los respetos humanos.

El 18 de Diciembre será, pues, de imperecedero re-

cuerto para todos los que tuvimos la dicha de formar parte de la tercera peregrinación nacional mexicana á Roma. Congregados en el pórtico de la gran basílica Vaticana, hicimos la última visita de la misma manera que los días anteriores, y luego, frente al altar de la Verónica, sobre el cual se veneraban las santas reliquias de que hemos hecho mención, vimos iluminarse repentinamente la logia en que se hallaban con centenares de luces eléctricas, produciendo maravilloso efecto. He allí á la ciencia con todos sus esplendores, rindiendo sus homenajes á la religión.

En los momentos en que el alma parecía elevarse á celestiales regiones, apareció revestido el Ilmo. señor Ibarra y celebró la Santa Misa, que oyeron devotamente todos los peregrinos. A la hora que señala el ritual repartió el Ilmo. señor Obispo el Pan de los ángeles, y era de ver la compostura, el orden, la reverencia y el profundo recogimiento con que uno por uno fueron acercándose á la Sagrada Mesa, desde el sacerdote que no pudo celebrar ese día, hasta el más humilde de los peregrinos.

¡Con qué anhelo acudieron al celestial banquete, sin mostrarse remisos ni pretextando fútiles ocupaciones, como los invitados á las bodas de que habla el Evangelio! Por eso, lo repetimos, pasará el tiempo sin detener su curso, y el recuerdo de ese dichoso día se verá grabado en los corazones de los peregrinos, mientras el Señor nos conceda la vida, con indelebles caracteres.

Hubo además de la Comunión general una escena conmovedora y tierna, de aquellas que todos soñamos para nuestros hijos. El niño Ignacio Ayala era admitido,

en la primera basílica del orbe católico y con motivo del jubileo, á la primera Comunión. Dios haga que esa predilección, de pocos obtenida, sea durante su existencia germen de acciones virtuosas, y que el feliz adolescente pueda alcanzar un día renombre de buen ciudadano, pues la religión y la patria siempre tienen cabida en los corazones bien formados.

¿Y qué diremos de los demás? No nos es dable decir otra cosa, sino que el sacerdote hallará fuerzas para ejercer su penoso y santo ministerio; que el padre de familia aprenderá á dar buen ejemplo á sus hijos; que las madres serán dechados de virtud; que los jóvenes despreciarán las voces del mundo que los arrastran al abismo; que las doncellas sabrán revestirse de candor y de modestia, y que los niños habrán recibido todos los elementos que pueden constituir para lo futuro su verdadera felicidad.

Con la fe de nuestros padres confiamos en que todos los peregrinos sabrán aprovechar las gracias del jubileo, circunscritas entonces á la Ciudad Eterna, y hoy extendidas por la suma bondad del egregio León XIII á todo el mundo.

¡Loado sea Dios que nos concedió la ventura de llegar ante la tumba de los santos Apóstoles, en piadosa y gratísima peregrinación!

Sólo un requisito nos faltaba y la tarde del mismo día 18 quedó verificado: las últimas visitas á San Juan de Letrán y á Santa María la Mayor, cantándose en esta basílica el *Te Deum* para dar gracias al Ser Supremo por los inmensos beneficios que se había dignado otorgarnos.

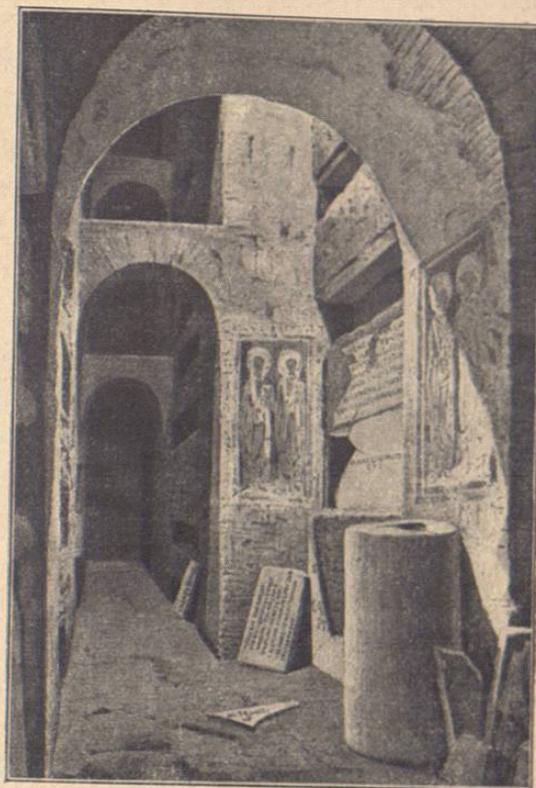
No es á nosotros á quienes corresponde hablar de la piedad demostrada en todos estos actos por los peregrinos; pero oigamos una vez más á Monseñor Celli, que les dirige el siguiente apóstrofe, en su afectuosa despedida:

« Los romanos admiraron vuestro carácter dulce y han sido grandemente edificados de vuestra mucha piedad, y recordarán con admiración esta hermosísima peregrinación mexicana como la más digna y la más edificante por su organización, su porte, su compostura, su orden y sobre todo, por su eximia religiosidad de cuantas en este Año Santo han presenciado las calles de Roma. »

Pasadas las tiernas emociones del día 18, tenían que seguir otras no menos gratas para los mexicanos. Monseñor Ibarra, que como ya hemos dicho, nada omitió para hacer fructuosa la romería, invitó á los peregrinos á fin de que se reunieran el 19, á las primeras horas de la mañana, en las catacumbas de San Calixto. La cita tenía por objeto celebrar ante las tumbas de los mártires una solemne función religiosa en que se pidiesen al Todopoderoso bienes para nuestra patria y nobles inspiraciones para su primer Magistrado, á fin de que la condujese por el camino de la felicidad.

Evocar el recuerdo de la patria cuando de ella nos separa una enorme distancia, es tocar las fibras más delicadas del corazón. ¿Quién sería aquel que no respondiese á tan amoroso llamado? Ninguno sin duda. Todos se apresuraron á presentarse en el lugar de la cita para implorar los celestiales auxilios con los indicados fines.

Las catacumbas de San Calixto son importantísimas. En ellas se encuentran hermosas inscripciones debidas á San Dámaso, y muchas otras griegas y latinas que



CATACUMBAS DE SAN CALIXTO.

corresponden á los siglos cuarto y quinto de la era cristiana. Numerosas son las capillas que allí se encuentran y para dar una idea de su magnitud baste decir que han sido sepultados en ellas 14 papas y 170.000 cristianos.

La entrada á las catacumbas fué imponente. Iba por

delante el Ilmo. señor Ibarra seguido de los señores sacerdotes cantando el *Miserere*. La procesión se detuvo al llegar á la capilla de Santa Cecilia, donde estuvo depositado su cuerpo hasta que se le trasladó á la iglesia que le fué dedicada en Roma, detrás del Tíber. Los peregrinos se repartieron en seis capillas subterráneas donde se celebraron Misas durante la mañana, siendo muchos los que recibieron la Comunión. Varios niños que componían un orfeón, estuvieron cantando durante las sagradas ceremonias con dulcísimos acentos, algunos motetes, que llegaban á nuestros oídos como coros angélicos.

Allí predicó, después de haber celebrado su Misa, el Ilmo. señor Obispo con tal fervor y tal ternura, que conmovió á sus oyentes haciéndoles verter abundantes lágrimas. Habló á los peregrinos de la santidad del lugar en que se hallaban; les recordó el heroísmo de los mártires que dieron su preciosa vida por Jesucristo, y los excitó á orar por la patria para que en ella se conserve incólume la fe de nuestros padres. Imposible sería trasladar al papel los elocuentes y sentidos conceptos del sabio Prelado, que supo hallar eco en los sentimientos de sus compatriotas allí presentes.

Después de esto, en medio del más profundo silencio y con toda la solemnidad propia de un acto como el que iba á verificarse, se leyó la siguiente:

«Protesta de fe hecha por los peregrinos mexicanos en las Catacumbas de San Calixto el 19 de Diciembre de 1900.»

»¡Señor Dios Omnipotente! Reunidos vuestros hijos los mexicanos en este sagrado recinto santificado por

innumerables mártires, de lo íntimo de nuestro corazón, renovamos solemnemente ante la faz del cielo y de la tierra, las promesas que hicimos en el Santo Bautismo, y los que tenemos la dicha de ser Ministros vuestros las promesas de nuestra sagrada ordenación. Protestamos con toda nuestra alma que queremos ser hasta el último instante de nuestra vida, hijos amorosos y obedientes de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, amando y venerando, en primer lugar, al Romano Pontífice Vuestro Vicario en la tierra, y después á todos nuestros legítimos Superiores.

»Os ofrecemos, Señor, ayudados de vuestra gracia, observar con fidelidad vuestra santísima ley, y hacer que la guarden todas las personas que dependan de nosotros. Especialmente os prometemos santificar los días festivos, evitar la lectura de libros y periódicos perniciosos, no afiliarnos en ninguna secta reprobada por la Iglesia, y favorecer cuanto podamos las obras de Propaganda religiosa, entre las cuales sobresale, por su importancia y necesidad, la Prensa católica.

»Reconocemos, Señor, los pecados con que México ha provocado en este siglo que está por terminar, vuestra justa indignación. Os pedimos, Señor, perdón de todos ellos, poniendo por intercesora á Nuestra dulcísima Madre la Virgen de Guadalupe. Brille ya, Señor, sobre México la serenidad de vuestro rostro, y escuchando benigno nuestras humildes súplicas, bendecid á Nuestro Gobierno, para que concentrando sus miradas en el glorioso emblema de nuestra hermosa bandera tricolor, á saber: la Religión, la Unión y la Independencia trabaje sin cesar por ellas, y en toda la República hasta

sus más remotos confines, sólo se oiga esa voz: Gloria, honor y bendición á Nuestro Señor Jesucristo; Gloria, honor y bendición á su Vicario en la tierra. Así sea.»

Concluída esta solemne y trascendental Protesta que hicieron suya todos los peregrinos, resonó en aquellos subterráneos, santificados por los mártires de la fe, el Himno Guadalupano, nuestro sentido canto repetido tantas veces sobre la cubierta de los buques en medio del mar, y bajo las bóvedas de las cuatro grandes basílicas de Roma.

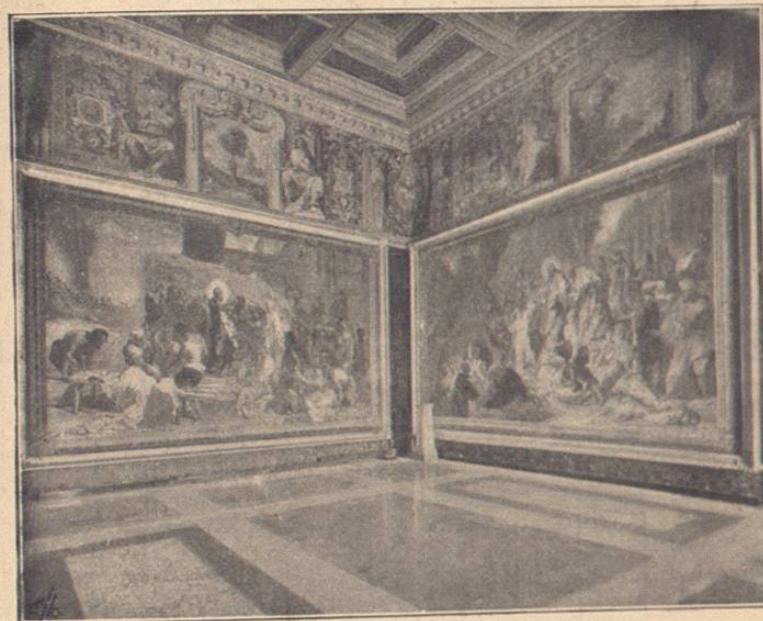
Salieron los peregrinos de las catacumbas, y fuera de ellas, un fotógrafo tomó un grupo, en que figura la mayor parte, presidido por Monseñor Ibarra.

Otra emoción nos estaba reservada para el 19. Su Santidad León XIII se había dignado conceder una audiencia privada al Ilmo. señor Ibarra, recibiendo en unión de él al señor don Timoteo Macías, presidente de la peregrinación; al señor presbítero don José Solorio Gil, secretario del Ilmo. señor Obispo de Chilapa, y al autor de esta obra, secretario de la Peregrinación.

A las doce del día entrábamos en el Vaticano por la puerta de bronce, sintiendo palpar de gozo nuestros corazones. Atravesamos las escaleras en medio de los suizos apostados de trecho en trecho, como centinelas, con sus vistosos trajes y embrazando sus alabardas. Llegamos hasta el salón ocupado por los guardias nobles que vestían uniformes de gala, y de allí pasó Monseñor Ibarra á la sala de espera destinada á los Prelados, quedando los demás en la contigua, tapizada con lienzos tejidos que reproducían con vivos colores escenas bí-

blicas. Este género de tapices abundan en Roma y su mérito es altamente elogiado.

Su Santidad recibió primeramente al Ilmo. señor Obispo, y después nos introdujo el camarero secreto de guardia hasta el salón del trono á los demás, con el ce-



UNA SALA DEL VATICANO.

remonial de costumbre en el Vaticano. La presencia del ilustre anciano, sentado en su sitial, con su blanca vestidura, sonriente y con aquella mirada en que se refleja la excesiva bondad, produjo en nosotros una impresión difícil de expresar. ¡Qué continente tan majestuoso, á la par que sencillo y afable!

Monseñor Ibarra hizo las presentaciones de estilo, y

Su Santidad, con un acento que nos inspiró luego el respeto á la vez que la confianza que se tiene á un padre amoroso, se dirigió á cada uno de nosotros informándose de la manera con que habíamos llevado á cabo



SU SANTIDAD LEÓN XIII, EN LA AUDIENCIA.

nuestro largo viaje. Con entrañable afecto estrechó entre sus manos la derecha del señor Macías, acariciándolo como un hijo y encomiando la obra que, con el favor divino, había realizado. Supo por el Ilmo. señor Obispo que el señor Macías había estado enfermo al llegar á Roma y no había podido ganar el jubileo. En-

tonces, con gran solicitud, le permitió lucrarlo con una sola visita á San Pedro, por concesión especialísima, tales fueron sus palabras.

Monseñor Ibarra manifestó al ilustre Pontífice que el autor de esta obra era periodista, y entonces Su Santidad con vivo interés preguntó cuál era la publicación á que pertenecía. El que esto escribe tuvo la honra de decirle que era representante del diario *El País*, de México, y del semanario *El Domingo*, de Durango, pidiéndole que se dignase bendecir á toda la prensa católica mexicana, y en particular á los dos periódicos citados. Su Santidad, colocando la mano derecha sobre la cabeza del autor, se dignó darle la bendición particular que había solicitado y, en seguida, con elocuentísimas frases que no osaría copiar, le habló de la misión de la prensa católica. El que esto escribe recuerda bien que Su Santidad, pasándole su mano por la mejilla, le dijo cuán importante era que penetrase el diario católico en el seno de las familias y que fuese leído por éstas para contrarrestar los avances de la prensa impía.

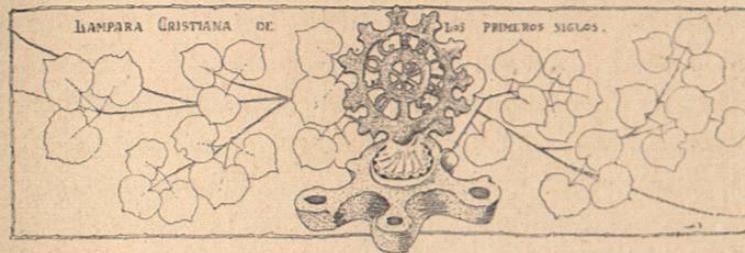
El señor presbítero Solorio Gil, á su vez, rogó á Su Santidad que bendijese á los feligreses de su parroquia, á su familia que pertenecía á los hermanos de la Tercera Orden de San Francisco y á *El Tiempo*, diario que él representaba. Su Santidad se sirvió autorizarlo para bendecir á los feligreses en su nombre.

Para terminar, el Santo Padre, invocando solemnemente al Ser Supremo, se dignó dar la bendición apostólica, al señor Macías, al señor presbítero Solorio Gil y al que esto escribe, haciéndola extensiva á sus familias.

Hemos procurado narrar los pormenores de esta audiencia con toda exactitud, no omitiendo nada de lo substancial, si bien nos sería imposible reproducir fielmente las palabras textuales del Santo Padre. Parece increíble que á su edad conserve tan claras sus facultades intelectuales, que tenga tanta sonoridad en su voz y que sus discursos sean un torrente de elocuencia.

Presas de las más dulces emociones, los agraciados con la audiencia pontificia no acertábamos á explicar los sentimientos que tan vivamente había despertado en nosotros la augusta presencia del Supremo Jerarca de la Iglesia que, como dijo en una hermosa carta pastoral el Ilmo. señor Silva, con una sonrisa de amor gobierna al mundo.

Pasarán los años, y si Dios nos concede la vida, referiremos á nuestros hijos, en las veladas del hogar, la dichosa entrevista que se dignó otorgarnos el ilustre Pontífice reinante, y los enseñaremos á venerar al Padre común de los fieles, colocado por Dios en el cielo de la Santa Iglesia Católica Romana, para derramar los fulgores de su luz sobre todos los espíritus, como un astro de primera magnitud.



CAPÍTULO VIII

INUSITADO movimiento presentaba la ciudad de Roma, el día 20 por la mañana. Numerosos carruajes circulaban por las calles, y mucha gente de á pie se veía recorriendo las principales avenidas; pero nadie se detenía mucho tiempo, pues todos se dirigían hacia la plaza de San Pedro.

¿Cuál era la causa de tanta animación? Pues era que el Santo Padre se dignaba conceder audiencia general en la basílica Vaticana á varias peregrinaciones italianas, al mismo tiempo que á la de México. Como si hubiesen querido dar un mentís á los revolucionarios engendrados por las sectas anti-cristianas, los hijos de la *redenta Italia*, á semejanza de sus hermanos que los habían precedido en el Año Santo, iban á rendir sus